



**Impresiones de un embajador argentino en Medio Oriente:
rastros orientalistas y sus reformulaciones
en *Visión de Oriente y Occidente*, de Donato Latella Frías**

Daniel Gómez
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Introducción.

En este trabajo proponemos que el relato de viaje *Visión de Oriente y Occidente*, de Donato Latella Frías (Tucumán, 1894 - Córdoba, 1982), contiene dos discursos. El primero de ellos está relacionado con el orientalismo europeo; el segundo, más político y personal, ofrece la contracara del modelo orientalista. Sostenemos que la coexistencia de ambos discursos se debe a distintas exigencias textuales. Para las primeras descripciones de Medio Oriente, se opta por el discurso orientalista; para hechos políticos recientes, el texto de Frías desmantela el esoterismo y lo maravilloso en la representación de dicha región. Como consecuencia, podemos ver que en el desarrollo de *Visión de Oriente y Occidente* se destaca un papel activo, histórico y particular de cada país árabe, a pesar de que estos hayan sido inicialmente representados por el mismo Frías como estáticos y místicos. La yuxtaposición de estos discursos también responde al contexto en el que están inmersos: a mediados del siglo XX Argentina aún se encontraba en una etapa orientalista. La situación de Frías, sin embargo, tiene algo de excepcional, puesto que es uno de los primeros intelectuales que lleva a cabo una estadía prolongada en Medio Oriente. Esto provoca que no se limite a meras impresiones sobre las regiones que visita, sino que se vea obligado a relacionarse con la elite y sumergirse en las problemáticas políticas de cada país particular, operándose así una subversión de su propio discurso.

Debido a lo que hemos señalado con respecto al contexto de *Visión de Oriente y Occidente*, creemos conveniente primero dar un breve repaso sobre el orientalismo en Latinoamérica, con especial énfasis en Argentina, antes de abordar el texto de Frías.

Orientalismo y Latinoamérica.

El trabajo fundacional de Edward Said¹, *Orientalismo*, escrito en un momento en el que primó el interés por un método en el que "Context pressured text and content form" (Hart 100), analizó las representaciones que Europa construyó acerca de un conjunto denominado "Oriente"². Lo problemático de este conjunto fue el carácter de legitimidad que cobró, puesto que otorgaba un lugar inferior a las civilizaciones alternas. Said inauguró un discurso crítico sobre el orientalismo europeo y una gran cantidad de escritos de la misma índole no tardaron en seguirle. En el caso particular de Latinoamérica, Silvia Nagy-Zekmi recopiló una serie de trabajos en *Moros en la costa: Orientalismo en Latinoamérica* que examinaron los discursos orientalistas que circularon por distintos entornos intelectuales y hegemónicos, principalmente durante el siglo XIX.³ Se señala, por ejemplo, que se intentó "establecer estados-naciones basados en ideales de homogeneidad lingüística y pureza racial. [...] El bárbaro latinoamericano frecuentemente se comparaba con el oriental" (Nagy-Zekmi 18). De esta manera, el discurso orientalista europeo se tradujo en el continente latinoamericano para ser aplicado a todos aquellos que representaban algo distinto a lo civilizado.

En Argentina, Axel Gasquet trazó un recorrido que reveló que

el orientalismo es sin embargo constitutivo al nacimiento del pensamiento y la literatura nacionales, pues desde el impacto de *Les ruines, ou, méditations sur les révolutions des empires* de Volney, en Sarmiento o Alberdi, la preocupación por la problemática oriental tuvo

un interés claramente político, amén de estético. (Gasquet 11)

En efecto, uno de los casos paradigmáticos durante el siglo XIX fue *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, que operó con los términos "civilización" y "barbarie" y aplicaba de manera inevitable las categorías orientalistas de la época. La influencia de escritores orientalistas como Volney, que recorrió Medio Oriente a finales del siglo XVIII, se puede rastrear en la famosa invocación que abre al texto, "¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!" (Sarmiento 11), que recuerda a la "Invocación" de *Las ruinas de Palmira* del conde francés:

Salve, desiertas ruinas, sacros y silenciosos muros; a vosotros invoco, a vosotros dirijo mis preces. [...] ¡Cuántas provechosas lecciones y cuántas reflexiones tiernas o valientes presentáis a la mente que os sabe consultar! Atemorizáis a los tiranos (Volney 15)

El registro orientalista se hace visible a la hora de llevar a cabo un contraste entre la ciudad y el campo, los cuales quedan marcados por el binomio civilización y barbarie. A este último rasgo le corresponde la analogía con el árabe, estacionario y primitivo:

ya la vida pastoril [de las provincias argentinas] nos vuelve, impensadamente, a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas, aquí y allá, de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham; que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos. (Sarmiento 37)

La figura de la tribu árabe y el despotismo oriental⁴ es recurrente y está contrapuesta a la del hombre de ciudad que "viste el traje europeo, vive de la vida civilizada" (36). Estos imaginarios, además, se fortalecerán más adelante en otros autores como "un discurso político interno que facilitará la operación ideológico-militar de conquista de las tierras indígenas" (Gasquet 15).

Si nos desplazamos a principios del siglo XX, podemos apreciar una pérdida de este tipo de traducción del discurso orientalista (Europa civilizada, Oriente bárbaro). Si quedan resabios, estos se manifiestan por medio de una estética de lo exótico, sin una denuncia explícita de lo bárbaro; ya no es posible hablar de la existencia de un fuerte orientalismo periférico como en el siglo XIX⁵. Esta estética de lo exótico puede observarse, por ejemplo, en algunas obras de Lugones, quien se refiere a la "magia egipcia" (Lugones 11), recurriendo a la representación ahistórica del árabe en vistas de producir un efecto extraño y fantástico⁶. Muchos de los recursos que pertenecían a órdenes ajenos a la ficción (el ensayo, la historia, los viajes y descripciones de países árabes) son apropiados como materia textual y escenario de los relatos ficcionales, donde, aun en los intentos de llevar a cabo el más puro exotismo ignorando cualquier objetivo imperial, se identifican elementos que marcan en el Otro un estado primitivo, estático y poseído por la superstición, pese a casos en los que los temas orientales sirvan "como simples pretextos para una estética cuyo valor central se construye en torno a la belleza exótica" (Gasquet 212).

La llegada a Oriente y primeras impresiones.

Donato Latella Frías (1894-1982) es designado embajador extraordinario y plenipotenciario en Egipto y Arabia Saudita en 1955 y permanece en ese cargo hasta

1957. Las primeras palabras acerca de su estadía refieren a una episteme en común con los principales viajeros orientalistas analizados por Said (como Edward William Lane, por ejemplo, a quien Frías cita). Su propósito puede resumirse de la siguiente manera: "la comprobación personal de tan lejanos pueblos y ciudades que me ha sido dado conocer pretendo estén traducidos en los sucesivos capítulos, con verdad objetiva y grato recuerdo" (Frías 6).

A diferencia de otras regiones, Argentina no tuvo una elite intelectual que pudiera desarrollar a lo largo de décadas un estudio continuo y reflexivo sobre la lengua y la cultura de países árabes hasta las últimas décadas del siglo XX. Lo que podía conocerse era precisamente por medio del orientalismo, por lo tanto, todo aquél que pudiera viajar a esas regiones depositaba su fe en la experiencia personal, pero mediada a pesar de todo por las lecturas orientalistas. Sobre este punto, Gasquet nos informa que "los viajes por oriente están muy pautados -los viajeros utilizan guías de viajes muy difundidas en aquella época" (12) y se refiere a Pastor Obligado, quien "fue el primer viajero argentino de la era turística por Oriente. Su testimonio no es original, recoge escasa información de primera mano y se vale externamente de las guías de viajes francesas o inglesas" (293). Por esta razón, durante la estadía de Frías en Egipto y Arabia Saudita abundan las referencias a orientalistas ingleses y franceses. En Egipto, por ejemplo, se describe la ciudad de El Cairo junto a las pirámides y la grandiosa esfinge. Frías copia el mismo discurso que sus antecesores para abordar también los mismos lugares, lo que genera una curiosa cadena puesto que muchos de los antiguos viajeros orientalistas se servían de guías de viaje y luego la siguiente generación los tomó como modelos, generándose una cadena de exégesis de exégesis nacidas de aquellas guías de viaje. La grandilocuencia orientalista y el lugar común se manifiestan desde el título del primer capítulo: "Hacia las tierras milenarias" (11). El Cairo se aborda con un entusiasmo que

no logra ocultar un procedimiento enciclopédico extraído de obras orientalistas, acompañado por evocaciones poéticas que hablan de un supuesto misterio oriental. Así, la ciudad se describe como un espacio enigmático lleno de movimiento, reluciente, con mezquitas y murallas, donde "la mente no discernía la leyenda de la realidad, es decir, lo que estábamos contemplando" (31); acto seguido, se procede a la erudición que reproducían los llamados orientalistas periféricos: "bien está su bautismo árabe, *el cahira* que significa ciudad vencedora, porque fundada a poco de la Era Cristiana, año 97, por el Califa Almanzor, atravesó épocas de penurias y desastres" (31).

El narrador, que estaba allí para recoger una visión objetiva a raíz de su contacto con la realidad, se pierde en la obligada erudición que da otro giro predeciblemente orientalista: "El oriente tiene un embrujo que absorbe y domina" (38), al que le siguen dos citas de una tradición literaria que no evita matices de maravilla y misterio; primero, *Las mil y una noches* "Quien no conoce El Cairo, no conoce el mundo. Su tierra es dorada, su Nilo es una maravilla" (38); luego, una referencia a Herodoto "no hay país que encierre tantas maravillas y donde se vean tantas obras admirables, superiores a toda ponderación, como Egipto" (39). La maravilla y el misterio son elementos que no dejarán de entrar en tensión con el propósito de Frías de desarrollar una narración objetiva, lo que aparentemente no está en conflicto con sus postulados, ya que indica "mi conocimiento de todo aquello no ha hecho sino confirmar aquél pensamiento y unir en mi espíritu la realidad y el misterio" (39).

Podemos utilizar el esquema desarrollado por Taboada en torno a los orientalistas periféricos y percatarnos de que hay escasa variación:

Hay por ello un esquema que se va repitiendo: una ligera descripción de las circunstancias del viaje (la llegada, alguna anécdota u observaciones) seguida por una extensa descripción de los lugares, con

fechas, medidas y datos históricos que hacen suponer el uso de alguna guía de turismo (de hecho, éstas a veces se citan; Sarmiento copia apresuradamente y comete así un error de nombres) y a continuación las consideraciones del autor, piadosas, eruditas o poéticas. (Taboada 300)

Si cabe alguna duda, a la hora de referirse a las Pirámides, Frías no omite el ritual de las medidas:

Pero no puedo omitir para completar la impresión de esa monstruosa arquitectura, que la Gran Pirámide es el monumento más pesado del mundo, 5.800.000 toneladas; 2.500.000 metros cúbicos de piedra; está formado por 2.600.000 bloques superpuestos y se llega a afirmar que algunos pesan hasta 20 toneladas. (Frías 44)

El énfasis que los orientalistas pusieron en la diferencia entre países árabes estáticos y aquellos europeos pertenecientes a una civilización dinámica y moderna resuena de una manera particular durante la descripción que se hace de Egipto, puesto que se dedican unas palabras al elogio de la excepción egipcia frente al bloque oriental estático y religioso. Ya en la introducción se hacía referencia a que "Como símbolo del Medio Oriente destaco a Egipto, por ser el país árabe más evolucionado y secular." (7). En el capítulo 5, se ocupa de recordarlo con la siguiente cita: "Laurent dice a este respecto: la raza egipcia estaba dotada en muy alto grado del sentido histórico que faltó al Oriente" (51). Una concepción velada de barbarie y ahistoricidad se encuentra detrás de este elogio a Egipto, porque dicho país ha sorprendido a Frías al parecerse a Europa y América, debido a que contiene después de todo progreso histórico y secular. Esta visión se irá perdiendo en el conjunto, sin embargo, ya que, a medida que recorra Arabia Saudita y también otras regiones como el Líbano, Frías dará un giro en el que cree

redimir bajo la óptica de la civilización europea a las regiones que atravesó con un supuesto espíritu objetivo (139). Dicho giro se manifiesta en el resumen que hace de las correspondientes regiones: "he tenido la oportunidad en los capítulos anteriores de describir [...] del legendario Egipto, del progresista Líbano, de la secular Arabia Saudita, de la renovada Libia, de la inestable Jordania, y de esos eternos testimonios de los tiempos, Damasco y Bagdad" (139). A las referencias iniciales de misterio, maravillas y atemporalidad, Frías les antepone ahora rasgos positivos y modernos para rescatar a estos países que logra ver con cariño. Los describe primero con una retórica orientalista, luego les adjunta lo contrario. Estas contradicciones que surgen en su discurso se producen porque hay dos estilos que, como se refirió inicialmente, están en tensión. Se puede hablar de un Egipto estático pero a la vez con historia, de una Arabia Saudita estancada y religiosa, pero también progresista y secular, porque para dar un primer panorama de cada región el texto intenta producir un efecto poético y de maravilla (por esta razón las citas de *Mil y una noches* y de los orientalistas no dejan de aparecer), pero cuando debe abordarse un hecho contemporáneo que lleva al terreno al que pertenece Frías, esto es, el político, allí el discurso orientalista y el afán poético cesan por completo y se interrumpe el hechizo oriental.

Notas históricas sobre la pugna de los países árabes.

Akbar Ahmed sugiere que, más allá de las revisiones planteadas en torno al discurso orientalista, se debe, con todo, destacar que en muchos de sus textos "the quality of research is impressive. A present-day sociologist or anthropologist would have to work hard to match it" (135). Poniendo en consideración esta idea de que no todo es mera reproducción de estereotipos y exotismo, si examinamos las relaciones políticas descritas en yuxtaposición con los fragmentos orientalistas que escribe Frías, notaremos

un gran número de divergencias. Uno de los puntos de mayor relieve para el autor es la posibilidad de entender los procesos históricos de estas naciones porque comparten un objetivo común con el suyo: lograr sobreponerse a otros bloques en los combates políticos. Frías detalla:

existe aún otro fundamental lazo de unión y este es de carácter internacional al unificar la acción de los países del Medio Oriente con las naciones de América y, principalmente, con las de América del Sud. En posiciones divergentes con las Naciones Unidas, efectivamente, los países árabes votan con el bloque americano, o viceversa, lo que les da, en oportunidades, mayoría en las Asambleas. Esto, que ya lo conocía, lo fundamentan allí en la positiva aproximación con los pueblos nuevos de América en puntos que hacen a las relaciones amistosas y, desde luego, con nuestro país por similitudes sociales y económicas o por oposición a las grandes potencias que no contemplan, a veces, los intereses y anhelos de los países menos desarrollados. (Frías 160)

Se dedican unas páginas (86-88) en particular para hablar sobre el concepto de imperialismo y colonialismo, a los que concede que "con poderosa fuerza prenden estas posturas, con bastante razón en algunos casos, ya que la experiencia histórica demuestra la opresión indebida a que sometieron estos pueblos, países civilizados y responsables de Occidente" (87). Suma a estas cuestiones, que ya dotan de más dinámica a los países árabes, el "problema insuperado e insuperable de Israel, el candente asunto palestino, los refugiados, la presencia judía y "sionista", en la geografía física y política de aquellas regiones" (88). Aquí destaca la figura de Frías, quien se aleja de aquella mezcla romántica de misterio y realidad y opta por un estilo sobrio. Sobre la guerra del Sinaí o guerra del canal de Suez en 1956 escribe "he de referirme en esta nota [a la guerra] porque nos tocó presenciar sus prolegómenos, su estallido y consecuencias durante la

estadía en Egipto" (88). Procura mantener la neutralidad pero tras una breve explicación, poco tarda en tomar partido

No es fácil comprender cómo las Naciones Unidas que debían conocer esta animosidad ancestral, resolvieron crear aquel Estado, sin tomar "debidas precauciones" [...] Y tampoco es fácil comprender cómo aquél organismo creador, no ha sido, en ningún momento, eficaz, para reprimir, armonizar o intervenir con éxitos en los permanentes conflictos bélicos, siendo que la causa inmediata era la formación de un Estado que no ha conseguido hacerse reconocer ni por los propios países que componen la entidad, en cuya votación para formarlo, ha participado hasta Rusia, y todos los países del Occidente. (88)

A esto sigue una explicación sobre Israel y las ligas árabes, tópico que previamente había tratado cuando se ocupó de hablar sobre Nasser en Egipto. Cuando la posición de Frías parece oscilar entre favorecer a Israel o a Egipto, el cierre sobre el tema particular no deja dudas: "Once años después, 1967, otra vez la guerra... Por las mismas causas, con la misma pasión, con idéntico resultado... ¿Son tan ineficaces las Naciones Unidas para dar término a esta sucesión de atentados a la paz y la seguridad del mundo?" (94).

Además de referirse a las transiciones de Egipto y la política de Nasser, Frías se enfoca en el petróleo y el nacimiento de Aramco, que "fue, como se ve, una dramática lucha de predominios nacionales desarrollándose en los antes pobres y ahora poderosos países árabes" (111). Si bien a esto le sigue la prédica de los riesgos de la gran acumulación de capital sin correcta distribución, se resalta cierto grado de independencia: "cuando se desea hacer algo más que lo común se recurre a ella con éxito, y por eso los ingleses, mordaces y excépticos [sic] al no contar con esa fuente, ironizan a la Compañía y al Rey, diciendo "cada vez que el Rey Ibn Saud estornuda, la 'Aramco' le construye un hospital" (116).

Uno de los defectos que se remarcó en el análisis desarrollado en *Orientalismo* de Said fue que tampoco él dio lugar a las voces del Otro en el *corpus* seleccionado. Como ya mencionamos, en el caso de *Visión de Oriente y Occidente* las citas son de orientalistas y las pocas referencias literarias pertenecen a *Las Mil y una Noches*, que por su condición de clásico en Europa, ayudó a acrecentar la mirada hacia Medio Oriente como un lugar mágico⁷. Pero existe una instancia recurrente en el libro de Frías que es llamativa: durante los pormenores de política contemporánea y protocolos en las embajadas, se cita a embajadores y actores políticos, cediendo así un espacio para la voz del Otro. Esto es un rasgo interesante dentro del entramado discursivo del libro puesto que contrasta con los recursos clásicos del orientalismo que el mismo Frías utilizó. Como indica Taboada, en los orientalistas periféricos se repite en las observaciones "seres nebulosos que piden *bakshish*" ("por regla general, puede decirse que los países de Oriente, con necesidad o sin ella, son países mendigos", también dice López Portillo)" (Taboada 301), y Frías no es la excepción:

deseo apartar de mi lado los numerosos beduinos que ofrecen curiosidades típicas, piedras labradas, que se ofrecen de guía, piden "*bakshish*" (limosna). Logrado con dificultad este propósito (es un verdadero problema), me propongo observar este portentoso tesoro, no de Egipto, sino de la humanidad. (Frías 47)

Pero ciertamente se expresa un cambio producto de la decisión de incluir voces distintas a la de aquellos seres nebulosos, más allá de que se trate de un grupo bastante restringido como lo es el de la clase política.

Un último aspecto a destacar, importante en la literatura argentina a mitad del siglo XX, es la inserción de un capítulo, "Días sin luz en un libro árabe", que se ocupa de hablar de la figura y obra de Taha Husein, que visitó a Frías en El Cairo. Las

impresiones y breves referencias acerca de este escritor, si bien hoy no serían del todo llamativas, todavía para la época en la que se registran (década del 50) es un aporte vital. En sintonía con este apartado dedicado al escritor árabe, más adelante, en otro capítulo, Frías refiere a la condición del desarrollo paulatino hacia un futuro con mayor conocimiento en estudios árabes y egiptología:

Hace algún tiempo, el prestigioso estudioso y escritor Enrique J. Piñero (h), tan conocido por su dedicación a esta materia, fundó en Buenos Aires el *Instituto de Egiptología de la Argentina*, que es un verdadero centro de expansión histórica y de vinculación ascendente con nuestra cultura occidental. (160)

Conclusión, "Nuestro país y el Medio Oriente".

Para finalizar, se debe notar que además del encuentro de dos estilos (uno, orientalista, que comienza a desintegrarse, y otro que empieza a manifestarse) para la descripción de una región que aún a mediados del siglo XX era confusa para muchos intelectuales, *Visión de Oriente y Occidente* es uno de los primeros intentos de ofrecer una perspectiva más clara y una relación íntima con los distintos países árabes. Si bien en el capítulo que da cierre a Oriente, "Nuestro País y el Medio Oriente", en varias instancias resuena el orientalismo periférico, como la celebración de Sarmiento y la publicación de textos como "el gaucho, genio y figura árabe" (158), las menciones a la dinámica histórica y los sucesos políticos, que hemos referido en nuestro desarrollo, forman parte de la gestación de un discurso que va despojándose del matiz orientalista, desintegración que irá tomando fuerza a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Se forma un genuino palimpsesto donde, sobre una base orientalista, se escribe algo nuevo; a los pasajes de un Oriente fantástico se les yuxtaponen consideraciones políticas y culturales que sabotean las mismas imágenes estáticas, maravillosas y religiosas



previamente referidas. Ya en el siglo XIX con Pastor Obligado podíamos observar una separación entre el viajero europeo y el latinoamericano (Gasquet 293), unos primeros pasos hacia otro tipo de discurso; pero en el caso de Frías se suma el tratamiento de algunos tópicos que dan como resultado un desmantelamiento del discurso orientalista.

Como balance general, entonces, *Visión de Oriente y Occidente* es una obra que sirve como documento para observar un capítulo en la historia de la literatura argentina en el que el viejo modelo orientalista europeo apropiado por los intelectuales latinoamericanos comienza a ceder para dar lugar a una nueva manera de narrar.

© Daniel Gómez

Notas

1 A pesar de los defectos que han sido señalados desde su publicación, *Orientalismo* permanece como referencia ineludible ya que, como sostiene Brantlinger, ha sido el fundador de una práctica discursiva (Brantlinger 57). Para el que se encuentre interesado, un conciso artículo de Almarcegui, "Orientalismo y postorientalismo. Diez años sin Edward Said", se ocupa del recorrido del orientalismo de Said a través de las últimas décadas.

2 Usaremos "Oriente" frente a "oriente" para referirnos al sistema de representaciones que Europa impuso y legitimó sobre Medio Oriente.

3 Taboada llama a estos intelectuales "orientalistas periféricos" y sugiere la categoría "orientalismo periférico" (Taboada 287). Gasquet también usa este término y se centra en el orientalismo argentino que "no fue mera copia del europeo, como una de las tantas modas de importación, sino que implicó un fuerte trabajo de adaptación" (Gasquet 12).

4 Gasquet señala un dato importante acerca de la recepción de Volney y el supuesto "despotismo oriental": "en cada ocasión que en *Voyage [Voyage en Syrie et en Égypte, pendant les années 1783, 1784 & 1785]* aparecen los términos 'déspota' o 'despotismo', nunca aparecen seguidos del adjetivo calificativo 'oriental'" (41). Esto lleva a la conclusión de que para Volney "el despotismo no tenía fronteras y de que no estaba circunscrito al Levante o Asia" (41).

5 Si bien nos centramos en Lugones y nos desplazamos a principios del siglo XX, Gasquet ha identificado ya a finales del siglo XIX un orientalismo puramente estético en la pluma de Mansilla: "oriente es para Sarmiento la amenaza de la barbarie con un eco inmediato *chez nous*. En Mansilla, oriente es exotismo puro al alcance de la mano" (133). También refiere el caso excepcional de Echeverría, quien, junto a Alberdi, inició "tentativas inocentes de adaptación Oriental en tierras del Plata. Éstas, sin mayores pretensiones que la de frecuentar los autores románticos como Byron, se imbricaron en el programa de fundación de una poética narrativa" (292), tentativas anteriores a los escritos orientalistas y políticos como los de Sarmiento.

6 Uno de los tópicos fantásticos trabajado por Lugones es el de la famosa secta medieval ismaelí de los "asesinos" cuya única referencia histórica cierta se encuentra en Marco Polo y que Hodgson en *The Secret Order of Assassins: The Struggle of the Early Nizari Ismailis Against the Islamic World* ha analizado y desarticulado. Esto no impidió

que siguiera en boga la obra de Lewis, *The Assassins: A Radical Sect in Islam*, que se ocupa de presentar el caso como otra prueba más de un eterno fanatismo latente en Oriente.

7 Rol que también ha cumplido la famosa traducción del persa Omar Khayyam de mano de Edward Fitzgerald, ya que esta y *Las mil una noches* fueron las supuestas obras representativas de Oriente.

Bibliografía

- Ahmed, Akbar Salahuddin. *Discovering Islam. Making sense of muslim history and society. Revised Edition*. Introducción de Lawrence Rosen. Londres: Routledge, 1988. Impreso.
- Almarcegui, Patricia. "Orientalismo y posorientalismo. Diez años sin Edward Said". *Quaderns de la Mediterrania*, 20.21, (2014). 231-34. Digital, archivo PDF.
- Brantlinger, Patrick. "Edward Said and/versus Raymond Williams". Ashcroft, Bill y Kadhim, Hussein (ed.) *Edward Said and the post-colonial*. Nueva York: Nova Science Publishers, 2001. 57-72. Impreso.
- Frías, Donato Latella. *Visión de Oriente y Occidente*. Córdoba: Biffignandi, 1974. Impreso.
- Gasquet, Axel. *Oriente al Sur: el orientalismo literario de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: Eudeba, 2007.
- Hart, Jonathan Locke. *Literature, Theory, History*. Nueva York: Palgrave MacMillan, 2011. Impreso.
- Hodgson, Marshall G.S. *The Secret Order of Assassins: The Struggle of the Early Nizari Ismailis against the Islamic World*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2005. Impreso.
- Lewis, Bernard. *The Assassins: A Radical Sect in Islam*. Londres: Weidenfeld, 1967.
- Lugones, Leopoldo. *Cuentos fatales*. Buenos Aires: Babel, 1924. Impreso.
- Nagy-Zekmi, Silvia (ed.). *Moros en la costa: Orientalismo en Latinoamérica*. Madrid: Iberoamericana editorial, 2008. Impreso.
- Said, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Vintage, 1979. Impreso.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo, o civilización y barbarie*. Buenos Aires: Centro Editor de Cultura, 2009. Impreso.
- Taboada, Hernán G. "Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos, 1786-1920". *Estudios de Asia y África, Vol.33, No.2, (May.-Aug., 1998)*,



285-305. Impreso.

Volney, Constantine Francois de Chasseboeuf. *Las ruinas de Palmira*. Trad. Armando Ruiz Gómez. Madrid: E.D.A.F, 1969. Impreso.

-